

piés de los árboles y juncos de que están cubiertas. Aquellos árboles, minados á cada instante por las aguas, dejan colgar y arrastrar sus raíces por la corriente, y á veces, faltos de apoyo por la tierra que se desmorona, se inclinan sobre el agua y forman arcos de verdura de una márgen á otra. De vez en cuando alguno de aquellos árboles es arrebatado con la porcion de suelo que le sostiene, y boga por el rio con sus lianas arrancadas y pendientes de su ramaje, con sus nidos sumergidos y sus pájaros que posan aún en sus ramas; algunos de ellos miramos pasar durante las pocas horas que permanecemos en aquel oasis de delicias. El bosque sigue todas las sinuosidades del Jordan, y le trenza una perpetua guirnalda cuyos flecos colgantes murmuran apaciblemente entre las ondas. Millares de pájaros habitan aquellos bosques impenetrables, y los árabes nos advertian avanzásemos con precaucion y con las armas listas para contrarestar el furor de los leones, panteras y gatos monteses que habitan aquellas selvas, y cuyos rugidos y movimientos extraños llegamos á escuchar.»

Hasta aquí Lamartine.

Atravesando el Jordan las llanuras de Jericó en la parte superior de la Arabia, camina silencioso y solemne, como si meditase en sus grandes y sagrados recuerdos, cuando sus aguas se encuentran de improviso detenidas por el Mar Muerto, que como un gran sudario de apagado cristal las envuelve para siempre y las confunde con los restos de la abismada Pentapolis.

CARTA XIV.

Cascadas notables.—Variedad del curso de los rios.—El salto de la Orduña.—Catarata del Rhin.—Cataratas del Nilo y rasgos atrevidos de los egipcios.—Cascadas del Tigris.—Catarata del Niágara.—Episodios del Niágara.

México, Enero 10 de 1862.

Te sorprenderás si examinas con atencion el curso de los rios, al ver la variedad infinita de giros que describen sus aguas, y los mil aspectos que de continuo presenta la corriente. A cada veinte pasos, á cada diez tendrás un nuevo paisaje que contemplar: aquellas aguas que vienen de regiones distantes, ora corren tranquilamente sobre planos de suave declive, ora bullen entre ligeros pedernales y se divierten con las espumas vaporosas que giran en remolinos, ora se estrechan entre peñas que angostan y profundizan el cauce, y pasan violentas pero silenciosas, oscureciendo su seno con sombras fantásticas, para salir luego y esplayarse por una alegre campiña, formando estanques apacibles en que se retratan el cielo y los árboles, y en que juegan los patos, las garzas y los cisnes, bañándose en las cristalinas ondas;

ora tambien aquellas aguas parecen adquirir nuevos bríos despues de un largo reposo, y se lanzan por rápidos planos, mugen contra los peñascos que parecen querer atajarlas antes del precipicio, y saltando por fin al abismo que las atraia desde lejos, suspenden al aire sus cintas y mantos de cristal, rugen al caer en los oscuros fondos que las reciben, y levantan pabellones tornasolados de bruma para ocultar el horror de sus furores.

Podrás gozar de uno de estos magníficos espectáculos de la Naturaleza, si en alguno de los dias de Marzo te diriges á la hacienda de la Orduña, que dista poco menos de tres leguas de nuestra hermosa Jalapa. Desde que salgas al camino de Coatepec, que conduce en el tramo mas largo á aquella finca, puedes hacer alto en el puñtecillo bajo el cual pasa el riachuelo de Santiago para precipitarse á la presa en dos cascadas que en los dias de creciente parecen las colas de dos soberbios pavos de cristal, cuyos cuerpos estuviesen ocultos debajo de los arcos del puente. Gozarás luego de la amenidad riquísima de aquel camino, que describiré en otra ocasion, y disfrutando algunas horas de descanso en la hacienda de la Orduña, que es mas bien un pueblecito deliciosamente situado y dormido en un valle de cañas de azúcar al arrullo de sus molinos, te encaminarás por la tarde á la cascada, que dista una media legua de la hacienda.

«El camino es llano—dice Payno describiendo esta cascada—y nada anuncia la existencia de un lugar tan pintoresco, si no es un ruido lejano y sordo, semejante al de la mar cuando está en cal-

ma, y envia solo á la playa la espuma de sus manas olas. De repente, cuando menos se espera, se presenta á vuestros piés un precipicio profundo; pero no oscuro y árido, sino lleno de árboles, de bejucos, de platanares y de flores silvestres: un precipicio donde veis en el fondo un liston de plata que baña con sus espumas las raíces de los árboles; un precipicio donde escuchais los sonoros gorgoros del zenzontle y del cuitlacoche salvaje, que saltan de rama en rama y se columpian en los bejucos.

«Abriéndonos camino por entre las plantas y asiéndonos de los arbustos, bajamos por una vereda hasta el fondo. Habia silencio en aquel abismo, pero era el silencio del hombre, porque la Naturaleza nunca enmudece. Oiamos el melancólico susurro del rio, la voz solemne de la cascada, el canto de las aves y los suspiros de la brisa que jugaba en las ramas de los árboles. ¿Quién se atreve á interrumpir esta voz de misterios y de inspiraciones? ¿Quién es capaz de profanar con sus acentos mundanos esa armonía religiosa de la cascada que cae, del rio que corre, del pájaro que vuela y de las hojas que se estremecen? Y luego si alzais los ojos y veis un cielo azul purísimo y una nube roja con orlas de oro, que flota al parecer encima del precipicio, es imposible que dejéis de sentir en vuestra alma esas dulcísimas é inefabables emociones en que el amor y la religion se mezclan y confunden.....

«Seguimos la orilla del rio y lo atravesamos por medio de una haya gruesísima, magnífico puente natural que la casualidad ha dispuesto para

aumentar la ilusion y la poesía de este sitio. Pero silencio; estamos ya frente á frente de la catarata. Un chorro inmenso se precipita desde una altura de cuarenta varas. Es un raudal de plata fundida que brota de entre los juncos y las flores, y que forma un arco magnífico, que iluminado por los rayos del sol, refleja el azul, el apastillado, el violeta, el verde mar y todos los colores del iris. Aquel chorro cae con estrépito y vuelve á levantarse en una niebla de vapor. Los hilos que se rompen contra las rocas, se convierten en menudas gotas semejantes á una lluvia de oro que cae sobre las plantas. A los piés de la cascada se ha formado un lago pequeño y cristalino, que agitado por constantes círculos levanta sus leves olas que besan las arenas de la orilla y las raíces de las hayas.»

Al describirte en mi carta anterior los accidentes del variado curso del Rhin, qmití de intento hablarte de su catarata principal, reservándola para hoy. Ese gran salto está situado en Lauffen, canton de Zurich (de la Suiza), y á tres cuartos de legua de Schaffhouse. «La asombrosa cantidad de agua que allí se precipita—dice Antoine en sus *Bellezas de la Naturaleza*—las diferentes figuras que adquiere y el estruendo de su caída, bastan para constituir la un espectáculo grandioso. Además de esto, los diferentes objetos que concurren á lo pintoresco de aquel sitio, le dan nuevo mérito, y todo se reúne para componer el cuadro mas bello y majestuoso. Vista la cascada de frente, se divide en tres caídas muy considerables por entre dos rocas aisladas y salientes, que se levantan

entre mil hervideros de espumosas olas. El movimiento de aquellas aguas es estupendo, tanto por la altura de donde caen, cuanto por su gran mole y las diferentes desigualdades de las rocas, que multiplicando las caídas, ocasionan grupos de cascadas unas sobre otras, que se levantan, se juntan, se separan y mudan de figura con tal rapidez que no basta á seguirlas la vista mas perspicaz. Este mágico efecto es el que tiene arrebatados á los espectadores, á pesar de que causa la vista y la cabeza si se detiene uno demasiado tiempo. Desde el pié de la cascada se levanta una especie de niebla ó nube de agua rarificada que precipita el viento como leve polvo, y sobre la que vibran-do el sol sus rayos, forma hermosísimos arco-íris.

«Las rocas de en medio de la catarata tienen figuras muy particulares, siendo delgadas por el pié y gruesas y abultadas por la cabeza. A la derecha de la cascada se ven varias fábricas; son fundiciones, molinos, ingenios, rodeados de maderaje, canales y ruedas que hacen resurtir las aguas de todas partes: árboles, rocas, un collado de viñas y montañas arboladas por detrás, sobrepujan á estas fábricas. El fondo lo compone un monte pelado, en que descansando la vista por su verde oscuro vaporoso, hace que resalte mas la blancura y brillantez de las aguas, cuya vista no puede sostenerse cuando las hieren los rayos solares. A la izquierda se ve un monte escarpado y alto, cubierto de variedad de árboles, de cuyo pié parece que brotan las aguas. En la cumbre se descubre la quinta de Lauffen, que es un conjunto de casas y de algunas torres circunvaladas

por una muralla. Esta quinta hace un efecto agradable por su feliz posición. Delante de la cascada hay un hermoso pilón en el que las aguas parecen que quieren multiplicarse sobre sí mismas, y no abandonan sino con pesar aquel receptáculo.

«Pero para gozar completamente de la vista de las aguas, es necesario seguir la senda que baja desde la punta hasta el pie de la cascada. Se ha construido allí una especie de galería ó balcón de madera, para poder acercarse, de modo que se puede aun tocar el agua con la mano. Un inmenso y espeso hervidero se precipita muy arriba al lado del espectador, con un ruido y estrépito que ensordece. La velocidad con que pasa el agua deslumbra y hace perder la vista, y el zumbido y corrientes de aire que el agua ocasiona en la galería, trastornan al que está en ella. Se desea dejar aquel sitio, y no se puede; se anhela ver aun mas y poder formarse una idea de la rapidez con que pasan y se suceden las aguas; pero al cabo se cansa uno y se retira porque se siente mojado y frio sin saber cómo.»

Madama Roland describe así la catarata del Rin: «Representaos este río en toda la plenitud de su majestad, cayendo todo desde una altura de ochenta pies como un mar de espuma brillante: tres rocas coronadas de alguna verdura interrumpen el curso de aquella gran faja de agua, de aquel torrente de nieve; el río irritado bate sus flancos con furia, los zapa, los adelgaza, multiplica sus saltos por los claros que se abre en medio de ellos, y cae al fin con un estruendo que da horror y que conmueve todo el valle. Despedaza-

da la onda por los tumultuosos choques, se levanta en vapores en que se atraviesan mil arco-iris. Aquellos movimientos rápidos como el relámpago, aquella fuerza imponente y siempre igual, produciendo siempre efectos diversos, aquellas olas que se renuevan y se empujan con violencia, aquel mugido mas terrible que el trueno, todo aquel conjunto os eleva y os tiene suspenso entre la admiración y el espanto.»

«Me parecia—dice Dumas—que el terreno en que estaba se hacia movible de repente; me acercaba á la caída y oia los rugidos del precipicio, percibia su aliento. Me aspiraba la catarata, el río faltaba bajo mis pies, y rodaba yo al fin de abismo en abismo, sin aliento, sin voz, sofocado, sacudido, despedazado.»

Victor Hugo dice: «Ruido estupendo, rapidez terrible, agua pulverizada y convertida en humo y lluvia. Al través de esa bruma se ve la catarata en todo su desarrollo. Cinco grandes rocas la cortan en cinco fajas de aspectos diversos y de dimensiones diferentes. Cree uno ver los cinco pilares carcomidos de un puente de Titanes, y en el invierno los hielos forman arcos azules sobre aquellos postes negros. La mas próxima de esas rocas es de figura extraña; le parece á uno ver salir del agua enfurecida, la cabeza horrorosa é impenetrable de algun ídolo de la India, con su trompa de elefante. Los arbustos y matas que se entrelazan en la extremidad son como sus cabellos erizados y horribles. En el sitio mas espantoso de la catarata una gran roca aparece y desaparece bajo la espuma, como el cráneo de un gigante sepul-

tado y batido hace seis mil años por aquel chorro aterrador.—He ido hasta la extremidad del balcon, y me he recargado sobre la roca. El aspecto es allí aun mas terrible. Es un horroroso hundimiento, y una lluvia de perlas salta al rostro de los que se atreven á mirarlo de cerca. Aquello es magnífico. Los cuatro torrentes de la catarata caen, vuelven á levantarse, y caen de nuevo y sin cesar. Me parecia ver girar frente á mí las cuatro ruedas flamígeras del carro de la tempestad.»

Las cataratas del Nilo, aunque no tienen un aspecto tan pintoresco como la que acabamos de describir, pero están llenas de majestad y de interes. Este rio tiene tres descensos ó despeñaderos, pero el principal es el que está antes del lago Dambea. «El Nilo—dice Antoine—cae allí en un abismo profundo desde una elevacion como de ciento cincuenta piés, y el estruendo que forma en tan espantosa caída se percibe á una distancia de tres leguas. Aquella inmensa sábana de agua, por un impulso prodigioso, forma un gran arco, bajo el cual deja un camino que se puede andar sin mojarse, y donde se encuentran asientos abiertos en la misma peña para que descansen los viajeros, cosa mas notable aún que la galería ó el balcon volado de Lauffen. Las gentes del país suelen divertirse en dar allí á los viajeros un espectáculo que tiene mas de aterrador que de entretenido. Se colocan dos en una barca, el uno de ellos para remar y el otro para sacar el agua de que aquella se llena. Despues de haber bregado mucho tiempo contra la violencia de las ondas agitadas, conduciendo diestramente su barquichuelo,

se dejan arrastrar por la impetuosidad de la corriente, que los arroja como una saeta desde la cumbre de la catarata. Despavorido el espectador cree que se van á abismar en el precipicio en que caen; pero el Nilo, restituído á su curso natural, les vuelve á sostener sobre sus aguas tranquilas y apacibles.

«El Tigris, rio de la Turquía de Asia, muy rápido en una parte de su curso, forma igualmente cascadas. Los marineros hacen una especie de balsa con ramas de árboles, y poniendo en ella odres llenos de viento, bien apretados entre sí y cubiertos de borra, se abandonan en sus barquillos y se dejan caer desde lo alto de las cascadas, tan ligeramente como los egipcios bajan las cataratas del Nilo.

«Pero en nada se acercan todas estas cataratas á la magnífica caída llamada el *Salto del Niágara*, en los límites que separan los Estados-Unidos de América del Alto Canadá. El efecto de esta caída prodigiosa no tiene comparacion en todas las del mundo. En ella es superfluo buscar lo agradable, lo selvático, lo novelesco, ni aun lo bello, sino lo sorprendente y maravilloso, y aquel sentimiento sublime que tanto mas profundamente embarga al alma, cuanto mas se la contempla, dejando al que la ha visto en imposibilidad de expresar lo que siente.

«La rapidez de las aguas comienza á notarse á muchas millas antes del punto de su caída; pero no debe dejarse la orilla del rio por los que navegan en él, sin cuya precaucion se corre gran riesgo de ser arrastrados irremisiblemente á las

rápidas corrientes que conducen al abismo cuanto se les acerca. A alguna distancia, el río, que tiene cerca de una legua de ancho, se estrecha repentinamente: el curso violento ya de sus aguas se aumenta y multiplica, así por la inclinacion de su cauce como por la angostura de él. Pronto se muda la naturaleza de este lecho en un suelo de rocas, cuyos fragmentos adheridos y hacinados presentan obstáculos á su corriente impetuosa y reavivan su fuerza. Una cordillera de peñascos muy blancos se levanta á los dos lados de la orilla, y son de los montes Alleghanys. Aquí se divide el Niágara: uno de los brazos sigue á la derecha la orilla de los peñascos; el otro, separado del primero por un islote, se arroja de improviso sobre la izquierda; forma entre piedras una especie de concha que llena de torbellinos de espuma con un continuo ruido; y en fin, detenido por las nuevas rocas que encuentra á la derecha, muda su direccion con nueva furia, en ángulo recto, para precipitarse á una con el brazo derecho, desde una altura de ciento sesenta piés, bajo una planicie de rocas casi semicircular, aplanadas sin duda por la violencia de aquella estupenda mole de aguas que rueda sobre ellas hace tantos siglos. Allí es donde cae formando una sábana casi igual en toda su extension, no interrumpiéndose su uniformidad sino por la isla, que separando los dos raudales queda inmóvil sobre su roca, y como suspendida entre ambos torrentes.

«Precipitado sobre montones de rocas aquel río que se lanza con tan impetuoso dominio, no ofrece ya sino ondas bramadoras que se chocan,

repelen y quiebran oprimidas, entre dos estrechos de erizados escollos, cuyo espacio parece harto angosto para tan grande lucha; al paso que otras nuevas olas se dejan caer con igual violencia sobre las que se entrelazan, y que rodando y espumando en aquel caos espantoso, repelidas las unas por las otras, despedazadas por los picos de las peñas, forman un estrépito que llena la atmósfera y que no permite distinguir otro sonido. Despues de haberse precipitado una parte de las aguas, se levanta un vapor denso que sobrepuja á menudo con exceso la altura de la caída, y entonces se incorpora con las nubes. Cuando los rayos del sol dan sobre la catarata, forman en ella una decoracion mágica que deslumbra.»

El viajero M. de la Rochefoucauld Liancourt dice sobre esta catarata: «He bajado á lo mas inferior de esta caída, cuyo acceso es difícil al principio: descensos abiertos á pico, escalones formados en los árboles, piedras que ruedan, peñones amenazantes, y cuyos trozos que cubren la tierra previenen al viajero del riesgo que corre; ningun apoyo para detenerse, mas que raíces secas, con las que se quedaria en las manos el imprudente que confiase en ellas, todo en fin, parece reunirse en aquel sitio para inspirar terror. Pero la curiosidad es tan loca como las demas pasiones, y conozco que no me hubiera movido á hacer lo que por ella hice, la certidumbre de la mayor fortuna. Trepando, en fin, unas veces con piés y manos, prestándome otras mi deseo una destreza que yo mismo estaba muy ajeno de suponerme, y abandonándome á menudo á la casua-

lidad, llegué despues de milla y media de camino fatigoso por aquellos escarpados sitios, al pié de la misma catarata. Solo la satisfaccion del amor propio en haber conseguido la mira que se habia propuesto, puede compensar tantos riesgos y fatigas.

«Allí se halla uno como absorto en un torbellino de agua. Los vapores que se elevan de la cascada se confunden con los turbiones que caen; una nube densa oculta la concha que los recibe, y solo el ruido, mas violento que en parte alguna, causa allí un deleite particular. Si se adelanta uno algunos pasos sobre las rocas entre el agua que cae y la base del peñasco donde se precipita, se encuentra el observador como fuera del universo, y separado aun del mismo espectáculo de aquella caída por la pared de las aguas, cuyo movimiento y espesor intercepta de tal modo la comunicacion del aire libre, que se respira con dificultad, y sin duda se ahogaria el que permaneciese allí por algun tiempo.

«No es posible expresar el efecto que hace la vista de aquella catarata: mi imaginacion, alimentada por mucho tiempo con la esperanza de verla, me habia hecho formar ideas que reputaba como exageradas; pero vi que habian sido inferiores á la realidad; é intentar describir la impresion que causa tan grandioso fenómeno, seria ensayar un imposible.»

Otra descripcion da tambien Chateaubriand de esta soberbia cascada. «Llegamos á poco—dice este escritor—al bordo de la catarata que se anunciaba con terribles mugidos. Está formada por el

rio Niágara, que saliendo del lago Erié, se echa en el lago Ontario, á una altura perpendicular de ciento cuarenta y cuatro piés. Desde el lago Erié hasta el salto, el rio corre por una rápida pendiente, y en el momento de la caída, mas bien parece un mar cuyos torrentes se estrechan en la boca abierta del abismo. La catarata se divide en dos ramas y forma una herradura. Entre los dos raudales se adelanta una isla de cimientos huecos, que se inclina con todos sus árboles sobre el caos de las ondas. La masa del rio que se precipita hácia el Sur, se redondea primero en un vasto cilindro, y en seguida se desenvuelve en un torrente de nieve, y brilla al sol con todos los colores del iris. La que cae hácia el Oriente baja envuelta en una oscuridad horrible, y pudiera tomarse por una catarata del diluvio. Mil arco-iris se cruzan en el abismo. Hiriendo la conmovida roca, el agua salta en torbellinos espumosos que se elevan sobre los bosques, como las humaredas de un gran incendio. Pinos, nogales silvestres y rocas labradas en forma de fantasmas, decoran la escena. Algunas águilas arrastradas por la corriente de aire bajan remolineando hasta el fondo del inmenso sumidero, y los rengíferos se suspenden por medio de sus colas flexibles, de la extremidad de las ramas inclinadas, para coger en el abismo los cadáveres estrellados de los ciervos y de los osos.»

Para concluir mi carta, te referiré dos de los episodios que han tenido lugar en esta famosa catarata:

Hace algunos años que una barca de leñadores empujada por una ráfaga de viento hácia el centro del rio Niágara, todavia á gran distancia de la ca-

tarata, fué arrebatada por la violencia de la corriente, á pesar de los esfuerzos extraordinarios de los remeros, quienes procuraban orillarla de nuevo. Pero todo trabajo fué en vano, y roto al fin uno de los remos contra la cresta de una peña de las que abundan en aquel lecho de la corriente, no quedó mas recurso á aquellos infelices, que ponerse en manos de la Providencia: al principio veian pasar con rapidez los peñascos y arboledas de la orilla del rio, luego se figuraban bogar arrebatados por las furias infernales, y que aquellos árboles y rocas eran fantasmas que corrian en opuesta direccion, pasando como relámpagos siniestros. Ya se escuchaba muy cerca el bramido de la catarata; el abismo abria ya su boca terrible para tragarlos; cierran los ojos y levantan sus brazos al cielo, único que podria salvarlos con un milagro. De súbito un choque espantoso de la barca sacude á aquellos desgraciados y los trastorna y aterra: sienten el aliento de la voráGINE y se creen ir por los aires, cuando notan con sorpresa que su esquife ha encallado al borde mismo de la catarata contra la isla que divide ambos raudales. Quedan de pronto anonadados por la sorpresa, y lanzan pidiendo socorro, gritos que se confunden con el bramido horroroso de las ondas. Por fin se les escucha, se les distingue mas bien de la ribera inmediata; acuden los espectadores horrorizados á pedir auxilio en las casas mas cercanas, y trayendo gente mas atrevida y un grueso cable, consiguen, todavia con gran peligro, libertar á aquellos náufragos, cuyas facultades permanecen como aletargadas por muchos dias.

En aquel mismo sitio tuvo tambien lugar una espantosa catástrofe. Contemplaban dos amantes la catarata mugiente desde la ribera derecha del rio, cuando á la jóven hubo de caérsele de la mano, quizá por la distraccion y terror del espectáculo mismo, un ramo de flores campestres que acababa de regalarle su compañero. Ella se inclina irreflexivamente sobre las ondas que se llevan ya ansiosas aquella perfumada presa; pero el pié de la desgraciada resbala y la desploma sobre la corriente que la arrebatata: el amante se lanza á querer socorrerla y es arrebatado tambien, aunque consiguió asirla por su trage de gasa, así como ella pudo coger el ramillete desde su primer impulso. Entonces aquel grupo querido desaparece y reaparece un momento antes de orillar el abismo; las familias y los compañeros de los náufragos recorren desatinados la ribera, y lanzan gritos que se pierden en medio del estruendo de las aguas; y al fin la catarata mugiente lleva su soberbia presa al genio del caos, que parece retumbar con nuevos truenos en celebridad de tan inesperado festin!

CARTA XV.

Lagos notables.—Lagos del Canadá en la América del Norte.—El Superior.—El Michigan.—El Huron.—El Erié.—El Ontario.—El Mar Muerto y sus recuerdos.—Lagos que se comunican con el Océano.—Peligro de la proximidad de ellos.—Terremoto en Chile causado por uno de esos lagos.

México, Enero 15 de 1862.

Los lagos son, por lo comun, los lugares de reposo en que los rios, fatigados por un largo curso, parecen dormir un momento para correr con nuevo ímpetu en busca de regiones diversas de aquellas en que tuvieron su cuna y que halagaron los caprichos de su adolescencia y de su primera juventud. Pero cuántas veces sucede que aprisionada la cristalina serpiente por las ondas del lago, combate enfurecida la inmovilidad de aquellas aguas, abre una brecha inmensa en el seno de aquel mar que la encadena, hasta que vencida por la fatiga, remolinea un instante y va á morir al fin lamiendo la ribera opuesta, sin poder ya traspasarla.

A veces se ven lagos amigos que se dan la mano por medio de la corriente de un rio. Así los lagos del Canadá encadenan sus aguas y caen al rio de